

ORACIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA

Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro. Acoge la oración que te dirigimos. Mira con benevolencia nuestros deseos de bien y ayúdanos a vivir apasionadamente el don de la vocación. Tú, Padre, que en un designio gratuito de amor nos llamas por el Espíritu a buscar tu rostro en la estabilidad y en la itinerancia, haznos siempre portadores de tu memoria y que ella sea fuente de vida en la soledad y en la fraternidad, de modo que podamos ser hoy reflejo de tu amor.

Cristo, Hijo de Dios vivo, tu que casto, pobre y obediente has caminado por nuestras calles, sé nuestro compañero en el silencio y en la escucha, conserva en nosotros la pertenencia filial y hazla fuente de amor. Haz que vivamos el Evangelio del encuentro: ayúdanos a humanizar la tierra y crear fraternidad; que sepamos compartir la fatiga de quien se ha cansado de buscar, y la alegría de quien aún espera, de quien aún busca y de quien mantiene viva la esperanza. Espíritu Santo, fuego que arde, ilumina nuestro camino en la Iglesia y en el mundo. Concédenos la valentía de anunciar el Evangelio y la alegría del servicio en la vida cotidiana. Abre nuestro espíritu a la contemplación de la be. Conserva en nosotros la gratitud y la admiración por la creación. Haz que reconozcamos las maravillas que Tú realizas en cada viviente.

María, Madre del Verbo, vela nuestra vida de hombres y mujeres consagrados, para que la alegría que recibimos que la Palabra llene nuestra existencia y tu invitación ha hacer lo que El nos diga (Jn 2, 5) nos transforme en agentes activos en el anuncio del Reino. Amén.

CANTO FINAL

Regina caeli letare aleluya. Qui a quem meruisti portare, aleluya. Resurrexit sicut dixit, aleluya. Ora pro nobis deum, aleluya



HORA SANTA



AUXILIARES PARROQUIALES
DE CRISTO SACERDOTE

CANTO DE ENTRADA

Cristo resucitó, aleluya; la vida venció a la muerte, aleluya;
por toda la tierra canta el pueblo de bautizados, aleluya, aleluya.
Cantad, pueblos a nuestro Dios, haced resonar sus alabanzas.

EVANGELIO (Jn 20, 11- 18)

Estaba María junto al sepulcro fuera llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Dícenle ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella les respondió: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.» Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.» Jesús le dice: «María.» Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní» - que quiere decir: «Maestro» -. Dícele Jesús: «No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.» Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras.

PALABRA DEL PAPA

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! ¡Feliz Pascua! «Cristòs anèsti! - Alethòs anèsti!», «¡Cristo ha resucitado! - ¡Verdaderamente ha resucitado!». Está entre nosotros. En esta semana podemos seguir intercambiándonos la felicitación pascual, como si fuese un único día. Es el gran día que hizo el Señor. El sentimiento dominante que brota de los relatos evangélicos de la Resurrección es la alegría llena de asombro, ¡pero un asombro grande! ¡La alegría que viene de dentro! Y en la liturgia revivimos el estado de ánimo de los discípulos por las noticias que las mujeres les habían llevado: ¡Jesús ha resucitado! ¡Nosotros lo hemos visto! Dejemos que esta experiencia, impresa en el Evangelio, se imprima también en nuestro corazón y se transparente en nuestra vida. Dejemos que el asombro gozoso del Domingo de Pascua se irradie en los pensamientos, en las miradas, en las actitudes, en los gestos y en las palabras... ¡Ojalá fuésemos así de luminosos! Pero esto no es un maquillaje. Viene de dentro, de un corazón inmerso en la fuente de este gozo, como el de María Magdalena, que lloraba la pérdida de su Señor y no creía a sus ojos al verlo resucitado. Quien experimenta esto se convierte en testigo de la Resurrección, porque en cierto sentido resucita él mismo, resucita ella misma. De

este modo es capaz de llevar un «rayo» de la luz del Resucitado a las diversas situaciones: a las que son felices, haciéndolas más hermosas y preservándolas del egoísmo; a las dolorosas, llevando serenidad y esperanza. Nos hará bien, en esta semana, pensar también en la alegría de María, la Madre de Jesús. Tras pasar por la experiencia de la muerte y resurrección de su Hijo, contempladas, en la fe, como la expresión suprema del amor de Dios, el corazón de María se convirtió en una fuente de paz, de consuelo, de esperanza y de misericordia. La hemos contemplado Madre dolorosa, pero, al mismo tiempo, Madre llena de esperanza. Ella, la Madre de todos los discípulos, la Madre de la Iglesia, es Madre de esperanza. A Ella, silenciosa testigo de la muerte y resurrección de Jesús, pidamos que nos introduzca en la alegría pascual.

REFLEXIÓN

¿En nuestra actitud de cada día, en nuestros gestos, en nuestras palabras, en nuestras miradas; reflejamos la alegría plena de que Cristo ha Resucitado verdaderamente? ¿Deseamos continuamente ver al Señor resucitado en cada acontecimiento cotidiano o nos cuesta ver a veces, delante de nosotros a ese Jesús que como jardinero de nuestras almas viene cada día a nuestro corazón para podar y cribar todo aquello que impide nuestra relación con Él?

PRECES DIALOGADAS (se contesta: ayúdanos a vivir con alegría)

- Jesús, tú vives, has resucitado de entre los muertos.
- Jesús, tú vives, ha sido un milagro patente.
- Jesús, tú vives, la muerte ha sido vencida.
- Jesús, tú vives, la vida es más grande que la muerte.
- Jesús, tú vives, primicia de todos los vivos.
- Jesús, tú vives, y eres la vida.
- Jesús, tú vives, tu carne no ha sufrido la corrupción.
- Jesús, tú vives, no has sido abandonado a la muerte.
- Jesús, tú vives, y nos enseñas el camino de la vida.

DE NUESTRO PADRE FUNDADOR, EL SIERVO DE DIOS JOSÉ PÍO GURRUCHAGA: Retiros: Meditación de la Resurrección del Señor y del Cielo:

La primera que lo vio fue Magdalena Escuchad estas frases de un escritor comentando las palabras “maría estaba llorando fuera del monumento”. Este dolor era mayor porque no tenía consuelo de ningún género. Le habían arrancado a su Maestro, que fuera de Él no podía amar nada. Fuera de Él no esperaba nada porque había reconcentrado en Él todo su amor. No le interesaba nada, había perdido la Vida de su alma. Para ella era mucho mejor morir que vivir, porque muerta podría tal vez encontrarle, pero no podía encontrarle viva por lo cual no acertaba a vivir. Estaba de tal manera concentrado el amor de Magdalena en Cristo que no sabía vivir sin Cristo. No le interesaba nada, nada le preocupaba, para ella no había más vida que aquella. Ella no halla gusto sino con Jesús. Son ángeles los que están hablando con ella, pero ella está ya indiferente a todo lo que no sea Jesús: ¡Qué amor! ¿Os extraña? No es extraño pensando que María tenía un corazón enorme, es una de las almas que más ha amado a Cristo (...) Dómine... ¡Qué dulzura! ¡Qué frase tan encantadora! No hay humildad que mejor exprese un concepto, una preocupación de amor, no se puede decir mejor, no con más delicadeza, lo dice con todo el mimo femenino: Señor (...) ¡Qué expresión, es la dulzura del amor! (...). Porque no nos hagamos a la idea de que el Señor tuvo un capricho. El Señor no hace al azar las cosas; las va preparando. Por eso dijo muy bien en la casa del fariseo: se le ha perdonado porque ha amado mucho. (...) He aquí la lección que nos da Cristo con Magdalena. Es el heraldo de la Resurrección. Hemos de pedir la gracia del amor. Fijaos en las cualidades del amor de Magdalena. No le interesa nada. No busca más que a Cristo y en Cristo no busca nada más que al mismo Cristo. No le interesa nada, no hay dificultades para ella (...) Amor: nosotros hemos de vivir amor. Por eso la Redención que es la expresión suprema del amor ha de ser para todos nosotros el ansia suprema (...). Cuando lloremos... ya nos consolará cuando Él quiera, cuando vea que lo necesitamos. A Magdalena...la deja llorar unos días. A su Madre lo mismo. Cuando estas cosas hace con Magdalena, cuando con tanta delicadeza la trata ¿qué no habría hecho con su Madre? Nosotros hemos de vivir amor. Hemos de pedir amor para que no respiremos más que el amor de Cristo, con pureza grande (...) Cristo ha de ser toda nuestra preocupación, para que Él nos dé luz y nos dé a gozar de su presencia. Ya nos la da aquí en la Eucaristía, en el Sacrificio constante, para que luego allá un día en el Cielo, nos podamos abrazar a Él para eternamente gozar del deleite purísimo de su presencia, y entonces cara a cara.

